

Hacia una lectura ontológica de la globalización

Edickson Minaya.

Universidad Autónoma de Santo Domingo

[La globalización es un] “proceso de integración de realidades mundiales y de creciente interacción e interdependencia entre las partes del mundo” (R. Casadei, 2005: 27).

El debate sobre la globalización es tratado en áreas diversas como la economía, la política y la sociología. Sin embargo, la filosofía no se queda atrás ya que solo desde las perspectivas que ofrece puede darnos distintas clave para comprender la forma en que se está configurando nuestro mundo y el nuevo sujeto que se está construyendo. Bajo este aspecto, podemos realizar una reflexión ontológica de su sentido y consecuencias partiendo del horizonte de lo humano, esto es, de los modos de vida y de convivencia, para despejar sus efectos positivos y negativos e intentando dibujar lo que llamamos “figuras de lo global”. Es decir, maneras de representarse esa globalización desde el mundo de la vida.

Este trabajo pretende una “lectura ontológica” del concepto de globalización. Nos hacemos acompañar de otras ideas –ontológicas-, que para nosotros son relevantes para diseñar esa lectura que procuramos. Y que termina siendo un diálogo, que apela por lo demás al contraste, a la comparación, pero sobre todo, a la problematización y a un deseo de reconversión de la filosofía en una suerte de “impresionismo sociológico”¹ y diálogo con la *actualidad*.

Nuestro punto de partida son algunas ideas, todavía actuales, que recogemos del *Manifiesto del partido comunista* (1998: 33-34) de la pareja filosófica Marx/Engels, y que preconizan el nuevo ordenamiento de la sociedad moderna pero que se extiende hasta nosotros:

¹ Uso esta expresión tal y como la emplea Vattimo (2004: 19-26): una filosofía orientada a la comprensión de nuestra actualidad, de nuestro contexto histórico; cuya intención última es construir una “teoría filosófica de la modernización”, la postmodernidad y los efectos de la tecnología y la globalización.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de la China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido, y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

En esta deslumbrante y visionaria cita se pone en juego tres factores que hay que tener en cuenta, cuando analizamos el fenómeno de la globalización:

- 1) *Crecimiento descomunal de la economía capitalista*. Que puede verse como “índice” que impacta en la vida humana.
- 2) *Multiplicación, expansión e intercambio de los medios del comercio y sobre todo, de los factores productivos*².
- 3) La *aceleración vertiginosa* de cualquier “forma de vida”, motorizada por la dimensión económica, adecuada a las condiciones sociales emergentes y que dan paso a unas estrategias más agresivas de acumulación y consumo, pero también de ordenamiento y domesticación de la vida económica, cultural y social.

Ontológicamente, dos preguntas nos asaltan: primero, ¿cómo se da el ser, la realidad, en estas condiciones?; segundo, ¿qué sujeto, de cara a ésta, se procura? El intento de responder a dichas cuestiones nos obliga a, por lo menos, tratar de intuir dos “estructuras universales ontológicas” que se configuran en la escena actual, que son la categoría de “mundo” y la de “vida”. Y que la vemos en una relación dinámica, vinculada a “ese sujeto” que se está diseñando. Aquel que sólo podemos percibir de una manera borrosa y escurridiza.

² Francisco Mochón en su libro Principios de economía (2005: 3) define con precisión lo que es la llamada “frontera de posibilidades de producción” (FPP) dentro de la economía capitalista: “La FPP ilustra un hecho importante y es que en una economía que cuenta con miles de productos las alternativas de elección son muy numerosas”; y luego dice: “La curva de transformación o Frontera de Posibilidades de la Producción (FPP) muestra la cantidad máxima posible de unos bienes o servicios que puede producir una determinada economía con los recursos y la tecnología de que dispone y dadas las cantidades de otros bienes y servicios que también produce”. Es a esto que se refiere el Manifiesto, sólo que desde otro horizonte histórico y teórico. Beck (2004: 72s), en relación a esto plantea: “La globalización, económicamente entendida y llevada a sus extremos, minimiza los costes y maximiza las ganancias (...). Donde suben los costes en la producción de símbolos globales utilizables, la globalización se ofrece como vía de escape y como promesa de un cercano paraíso de ganancias”.

Este sujeto aparece ligado a las necesidades, que en el transcurso de su historia, ha creado la economía capitalista “auto-propuesta” como el “único” remedio para satisfacerlas. Ella ha justificado el *deseo* de ese sujeto y por lo tanto, lleva a cabo la práctica de la “expansión” sin límites con el objetivo de compensarlo. Bajo esta lógica, *el sujeto de la globalización* no puede existir sino a condición de depender de aquellas incesantes “revoluciones” que el capitalismo contemporáneo hace de los instrumentos y de las relaciones producción, incluyendo las sociales (Marx y Engels, p.36). En este juego dialéctico, el sujeto experimenta constantemente la violencia del severo desplazamiento sucesivo, junto a su posterior olvido. Es decir, la realidad no aparece como “entidad metafísica fija”, sino como “algo” que constantemente desaparece, se desvanece y esfuma. Por eso, el mundo en que habita parece no pertenecerle sino a condición de cambiarlo drásticamente.

Así, a modo general, la globalización se caracteriza por este elemento: capacidad de aniquilar “lo existente” por “otro” que resulte “mejor” para ese sujeto que ve cambiar, de manera radical, las cosas de su mundo. Y, en consecuencias, esto conduce a una inevitable sustitución del sentido vigente hasta el momento, que se traduce a cierta pérdida del sentido histórico y de sí mismo. Exactamente lo que el *Manifiesto* define cuando expresa que: “Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes” es lo que distingue nuestra época de todas las anteriores (pp.36-37).

Los Key-words o palabras clave de lo anterior son: “revolución continua” y “movimiento constantes”. En ellas podemos inferir que la globalización, y el sujeto que produce, se identifican con la *velocidad*, el continuo movimiento sin finalidad junto a las permutaciones rápidas de los modos de vida tradicionales. Lo que apenas iniciaba en la sociedad del s. XIX, y que Marx describe de forma dramática, es en estos momentos algo ya cumplido o acabado. En efecto, desde sus orígenes, el capitalismo a tenido la capacidad para re-inventarse, acomodarse a nuevas situaciones sociales y aparentar, con ello, crecimiento o progreso infinitos. Solapando, con estas estrategias, la explotación y el desamparo sociales. Pero, también, crea nuevas condiciones de vida social, otros mundos posibles, imaginarios y otras formas de deseos, y que en la era de la globalización se expresan por medio de la imagen con ayuda de la técnica.

El *Manifiesto* vaticina la manera en que el nuevo orden capitalista construye un nuevo sujeto que *depende* de su sistema de producción económica: “Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes” (p.37, c.n.). De lo que aquí se trata, sin dudas, es de cómo el nuevo orden mundial que empieza a deslizarse avanzado el siglo XIX, descubre la necesidad de expandirse, salir por ejemplo, de Europa, romper con “lo nacional” y “local” para pertenecer a todas las fracciones del mundo. De hecho, cada fracción es convertida en un “mundo”. Y de cómo se va haciendo, cada vez más, autoconciente de su propio despliegue histórico. Esto es, qué necesita para seguir viviendo, qué tiene que dejar de hacer... Podemos sustituir la palabra “burguesía”, empleada en el texto que seguimos aquí, y colocar el de “economía mundial capitalista” y se aclara de inmediato otras de las características de la globalización y su sujeto, consistente en “anidar”, “establecerse” y “crear vínculos” en todas las partes del planeta, tal como si fuese una gigantesca red.

Todo parece que el llamado “mercado mundial” es uno de los signos más distintivos de la globalización. O bien, una de las piedras que la sostiene. Éste se ha convertido en el deslizador por el que se escurre la cultura, la vida humana, incluso el conocimiento científico³.

La “economía mundial capitalista” ha desarrollado, de manera intencional, la estrategia de “el coste por oportunidad” (Mochón, 2006: 4) para adoptar con ello, una mejor elección de la producción –que Marx llama *mercancía*- con una mayor precisión.

³ En la siguiente cita, el Manifiesto señala causas, efectos y características que podríamos considerar, desde nuestro horizonte epocal, como antecedentes de la globalización del siglo XXI: “Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias [hoy diríamos empresas], cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal” (p.37-38; c.n.). Cabe recordar que la noción de “literatura universal” surge en el siglo XIX, momento histórico para el desarrollo total del capitalismo. Cf. Mattelart (2004), pp. 18-25.

En este caso, la tecnología le permite dicha perfección agregándole, además, el elemento *velocidad*. Todo esto, con el objetivo de abastecer unas necesidades que son percibidas por el sujeto como vitales⁴. Y esto se hace en base a la excesiva producción con tendencia a la *homogenización cultural*.

Por eso, para la recepción de estos productos y su eficiente circulación se tiene que crear, al unísono de las naciones, un “mercado mundial”. Similar a una gran vía de tránsito por que ha de pasar todo coche cargado de provisiones. Y “mercado mundial” y “libre” dice: acceso de todo el género humano a la producción por el costo determinado de la misma, siempre y cuando se tenga el medio para adquirirla.

Hay facilidad, pues, para una posible expansión, es decir, dar “un carácter cosmopolita”, abierto tanto a la economía como a la política. Dicho de otro modo: la globalización “presupone una estructura de poder hegemónica y un régimen político internacional. Sólo esto garantiza, en este caso concreto, el [supuesto] carácter abierto del orden mundial” (Beck: 64). Y esto, en base a una condición única: la destrucción de la “esencia local” de las naciones y Estados, pero en virtud de una hegemonía de los gustos. Se observa que en la globalización, la tierra que habitan los humanos deja de ser redonda para convertirse en una superficie plana, de fácil deslizamiento. En estos horizontes, la categoría de “lo nuevo” pierde toda validez en sí, pues, a la hora de su aparición empieza el inicio de su desaparición.

La tierra es plana. Da lugar al “intercambio universal” entre las naciones, gracias no sólo a un sistema estandarizado de finanzas, sino a los medios de comunicación que hacen más efectiva y rápida el contacto humano y comercial.

Pero es un grave error entender que la globalización solo tiene que ver con la economía, las empresas o el deseo de opulencia. O que tan sólo afecta a unas cuantas culturas en el mundo, como por ejemplo la europea y norteamericana, más que eso, “se trata de cómo tú y yo vivimos nuestras propias vidas” (Martín Albrow citado por Beck, 2004: 145). Es decir, la globalización nos arrastra tal como si fuese un río.

La globalización, para emplear una expresión de Marx (p.38), “se forja un mundo a su imagen y semejanza”. Ya no hay provincias independientes, solo localidades en

⁴ Como es el caso de los teléfonos celulares, los computadores personales, los perfumes, las prendas preciosas y equipos electrodomésticos, por ejemplo.

contacto permanente. Cuyos puntos de intercepción responden a intereses múltiples y diversos. En el que acontece un “Reality Show” de entrecruzamiento de vidas, de estilos de vida tan dispares entre sí. Donde los gustos se vuelven transnacionales y suelen confundirse o mezclarse entre ellos.

Desde aquí, podemos también entender que la globalización es un proceso en que la economía, la política, las finanzas y la cultura se expanden a una “real totalización compartida” creando, paradójicamente, más diferencias entre grupos e individuos; y multiplicando a su vez las posibilidades de elegir, aunque confusas; instalando, además, medios universales incongruentes o contradictorios.

Aun así, se trata de la irreversible “planetización” –como le llama Heidegger–de muchos modos de vida, valores, bienes, actitudes, condicionamientos, conductas, comportamientos, procesos, conocimientos; las cuales se van asumiendo como una forma de “ser total” y homogénea, pese a la existencia del imperativo de la diferencia.

A propósito de esto, por su parte, el prominente sociólogo alemán Ulrich Beck (p.29) define a la globalización como “procesos en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios”. Y también como “proceso... que crea vínculos y espacios sociales transnacionales, revaloriza culturas locales y trae a un primer plano terceras culturas” (p.30). En esta última definición, se toma en cuenta la manera en que la multiculturalidad también es parte del fenómeno. En el sentido de que afecta directamente la condición humana y social, modificando los estilos de vida de diversas etnias e incorporándolas a nuevas condiciones culturales.

Como indica Beck (p.31): “La singularidad del proceso de globalización radica actualmente (y radicará sin duda también en el futuro) en la ramificación, densidad y estabilidad de sus recíprocas redes de relaciones regionales-globales empíricamente comprobables y de su autodefinición de los medios de comunicación, así como de los espacios sociales y de las citadas corrientes icónicas en los planos cultural, político, militar y económico”. Sin embargo, esto produce la generación de una nueva crisis social, ya que reorienta la vida hacia una aparente “homogeneidad”, contradiciendo su lucha y reclamo de sus diferencias.

De esta forma, Held y McGrew (2006: 13) plantean que: “La globalización remite a un cambio o transformación en la escala de la organización humana que enlaza comunidades distantes y expanden el alcance de las relaciones de poder a través de regiones y continentes de todo el mundo”. Mientras que John Gray (2006: 102) la define como: “la interconexión creciente entre los diversos acontecimientos mundiales creada por tecnologías que eliminan o abrevian el tiempo y la distancia”.

En continuidad con esto, Paul Virilio (2005: 14-15) afirma que “las nuevas tecnologías son portadoras de un cierto tipo de accidente”, es decir, son provocadoras de un “accidente general”, pues, “afecta inmediatamente a la totalidad del mundo”. En definitiva, la era de la tecnología de punta excita a “un accidente que afecta [sic] a todo el mundo al mismo tiempo”. Y es esta la dimensión semántica que contiene la noción de “riesgo” en el contexto de la globalización. No hay acción política, económica o social que no traiga un riesgo implícito, ya sea para otras naciones o en forma individual. Esto se debe, en parte, a que nuestro mundo se ha convertido en una especie de tejido bastante sensible.

Esa *intensidad y velocidad*, de la que hablábamos, la observamos en todos los ámbitos de la vida, que en la globalización se convierte en el medio para duplicar “la tendencia de la civilización [occidental] a configurar y controlar todo” (Beck: 65). En este caso, Paul Virilio ha sido el filósofo que más ha llamado la atención sobre este hecho. De acuerdo a Virilio (2005), la velocidad es fiel acompañante de la economía, pero sobre todo de la riqueza. Por lo tanto, llega a convertirse en el medio por excelencia porque aumenta progresivamente los procesos, acortando la distancia, diluyendo el tiempo real (las transacciones bancarias, son un fiel ejemplo de este fenómeno). La velocidad es usada por el sujeto de la globalización en su continuo proceso de transformación/renovación⁵. Por eso, la velocidad es poder. No sólo de gobernar, sino de manipular y controlar procesos o estrategias involucradas en la ejecución del trabajo, la economía doméstica o el simple crecimiento de la plusvalía. De esta manera, el sujeto de la globalización quiere y necesita de la velocidad, a parte de

⁵ Virilio, a propósito de lo expuesto, plantea: “Hoy en día, la sociedad mundial está en gestación, y no puede ser comprendida sin la velocidad de la luz, sin las cotizaciones automáticas de las bolsas de Wall Street, de Tokio o de Londres”. (2005: 17).

que le ayuda a “moverse” en su mundo, le ofrece una nueva estabilidad, haciéndole percibir su propio mundo como un “ente puro” manipulable, a la mano y dócil.

En el semestre de verano de 1935, en la Universidad de Friburgo (Breisgau), dictaba Heidegger un curso bajo el título *Introducción a la metafísica*, que luego fue publicado como libro. Marcado por la experiencia del auge de la segunda guerra mundial, el crecimiento decisivo de la técnica y el poderío de Rusia, Norteamérica y el centro de Europa, en un tono profético, visionario y dramático denunciaba:

Cuando se haya conquistado técnicamente y explotado económicamente hasta el último rincón del planeta, cuando cualquier acontecimiento en cualquier lugar se haya vuelto accesible con la rapidez que se desee, cuando se pueda «asistir» simultáneamente a un atentado contra un rey de Francia y a un concierto sinfónico en Tokio, cuando el tiempo ya sólo equivalga a velocidad, instantaneidad y simultaneidad y el tiempo en tanto historia haya desaparecido de cualquier existencia de todos los pueblos, cuando un boxeador se le tenga por el gran hombre de un pueblo, cuando las cifras de millones en asambleas populares se tengan por un triunfo... entonces, sí, todavía entonces, como un fantasma que proyecta más allá de todas estas quimeras, se extenderá la pregunta: ¿para qué?, ¿hacia dónde?, ¿y luego qué? (2001: 42-43).

Estas líneas maestras nos da que pensar. Las preguntas con que finalizan puede servirnos de guía para orientar la reflexión en torno a la globalización; esto, por dos razones. Primero, porque subsume un contexto histórico en el que el ser humano es sometido a la “banalización” de su propia vida. El ejemplo del boxeador muestra una globalización de la banalidad y un desequilibrio frente al saber tradicionalmente constituido. Segundo, porque a modo de síntesis, resalta la destrucción del tiempo como “algo” “real-metafísico” o tradicionalmente comprendido. Destrucción que da paso a la *simultaneidad* y con ella, a un nuevo poderío. Consistente en el control de todas las esferas de la vida, gracias al *fin* de la distancia.

Podemos confrontar este argumento de Heidegger con el de Mark Poster:

Cuando hablo directamente, o a través del correo electrónico, con un amigo de París mientras estoy sentado en California, cuando sigo la pista de sucesos políticos y culturales por todo el planeta sin salir de mi casa; cuando gobiernos y

empresas de todo el planeta emplean datos personales míos sin que yo lo sepa ni pueda impedirlo; cuando compro desde mi casa a través del ordenador... ¿dónde estoy realmente y... quien soy? (Citado por Beck, 2004: 145-146).

La existencia humana experimenta un nuevo extravío, pero se encuentra con la indigencia de su propia condición, lo que muchos autores desde Husserl consideran la verdadera crisis, y otros como el problema del nihilismo occidental.

Al respecto, un concepto que nos ayuda a pensar al sujeto de la globalización, es el empleado por Heidegger en su texto *Meditación* (2006: 29-78); me refiero al concepto de “maquinación” (*Machenschaft*) por sus implicaciones semánticas aplicadas al fenómeno que estamos analizando. Y que claramente aparece unido a otro término que también emplea muy a menudo, el de “planetización”, que puede equipararse con el de globalización, cuya base como hemos venido diciendo, se encuentra en la esencia de la técnica moderna.

Siguiendo a Heidegger, la “maquinación” (*Machenschaft*) posee tres componentes básicos: *violencia, poder, señorío*. Referida a la globalización, consiste en una articulación programática bien pensada, dirigida hacia un fin: “prepararse para lo hacedero de todo” (p.16).

La esencia de la maquinación consiste en una “continua aniquilación” del ente o bien, de la realidad; dicha aniquilación es equiparable con la violencia. Ésta, dice Heidegger, “se desarrolla en el aseguramiento de poder”. Un “poder sujetante del ente para la organización disponible”. De ahí, que la calculabilidad de toda “maquinación” sea “pre-abarcable”. Es decir, que todo esté calculado de antemano con el objetivo de “facilitar” la acción del dominio a la que se encuentra arrojado el sujeto de la globalización. Por esta razón, la globalización se muestra como fenómeno que quiere insertarse en lo hacible del sujeto, organizando su conducta y actitud ante la propia vida. Esta vida del sujeto queda caracterizada en cinco cualidades y que Heidegger mienta en el texto que seguimos: está inmerso en “lo dinámico”, “lo total”, “lo imperial”, “lo racional”, “lo planetario”...

Siguiendo estas coordenadas ontológicas, la globalización nos invita a realizar, obligatoriamente, una reflexión de nosotros mismos. Dirigida a replantear el viejo problema de la identidad y el yo; de nuestro ser en el mundo y de su historicidad de cara

a los nuevos procesos configurados. Invita, necesariamente, a entender acerca del posible futuro de la humanidad y del nuevo lazo social que se teje, sin soslayar la incidencia de la política, la ciencia, la tecnología y los medios de comunicación.

En todas estas discusiones, la filosofía no puede quedarse rezagada.

Referencias:

- Beck, U. (2004). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Heidegger, M. (1999). *Introducción a la metafísica*. Barcelona: Gedisa.
- Heidegger, M. (2006). *Meditación*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Held, D. & McGrew, A. (2006). *Globalización/Antiglobalización*. Barcelona: Paidós.
- Marx, C. F. Engels. (1998). *Manifiesto del partido comunista*. Santo Domingo: Ediciones del Partido comunista.
- Mattelart, A. (2006). *Diversidad cultural y mundialización*. Barcelona: Paidós.
- Mochón, F. (2006). *Principios de economía*. Madrid: McGraw Hill.
- Vattimo, G. (2004). *Nihilismo y emancipación. Ética, política y derecho*. Barcelona: Paidós.
- Virilio, P. (2005). *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid: Cátedra.